

## 1º ENCUENTRO DE GRADUAD@S Y ESTUDIANTES DE PSICOLOGÍA<sup>1</sup>

### Mesa de Discusión: “¿Psicólog@s haciendo qué, para quién? Interpelar la formación y su vínculo con la práctica” (Ponencia)

Claudia Huergo<sup>2</sup>

Agradezco la invitación, y la agradezco por me entusiasma, pensar-sentir que nos estamos empezando a encontrar, entre estudiantes, graduados, docentes, de un modo más abierto, en mesas de discusión, y en distintos tipos de movimientos sociales y políticos que quieren transformar algo, movimientos diría de *resistencia* y de *insistencia*. Pasar de la queja a la protesta y de la protesta a la propuesta y de la propuesta a lucha no es sencillo, cuando nuestras instituciones e instituidos nos proponen tantos desvíos, tantas vías muertas, tantas amenazas solapadas y encubiertas detrás de exigencias, requisitos y burocracias varias. Esto nos pone en relación a otra exigencia, esta vez una exigencia de trabajo, de discriminación, que nos permita leer adecuadamente nuestros contextos para poder intervenir. Intervenir desde la *resistencia* hacia políticas que desactivan y pervierten la potencia transformadora del deseo en sujetos y en grupos, y desde la *insistencia* respecto a encontrar modos de organizarnos y entramarnos para gestionar colectivamente otras políticas. Otras políticas de vida, de trabajo, de inclusión, que nos permitan revertir las distintas formas de aniquilamiento que cursan actualmente a través de nuestras condiciones de trabajo, de salud, de educación, de justicia.

Como parte de estas otras políticas celebro que me estoy juntando y cruzando cada vez más con Silvia Plaza, titular de la Cátedra de Estrategias de Intervención Comunitaria, con quien nos unen afectos y afectaciones que recién ahora están empezando a tomar consistencia en trabajos compartidos. Nos estamos encontrando por fuera de nuestros menesteres universitarios académicos, pero llevando por así decirlo la Universidad a espacios de discusión y de invención de políticas públicas. Participando y conformando la Mesa Permanente de Salud Mental y DDHH Córdoba, y dando allí debates acerca de qué salud para qué población. Me alegra pensar que nuestros cruces abran y tejan tramas y diálogos posibles entre lo Comunitario y el Psicoanálisis, entre lo clínico y lo comunitario, entre lo social, lo político y lo clínico. Diálogos que han sido interrumpidos, expropiados, hipotecados a favor de una concentración hipertrófica en torno al ejercicio liberal de la profesión, resultando en una forma de práctica donde lo "individual" pasó a ser la marca, entre otras cosas, de los años de terror y dictadura en nuestro país, y luego replicando la fragmentación social que siguió el trabajo iniciado por la dictadura esta vez cuadriculando el mercado entre potenciales consumidores y clientes, descuidando y descalificando otros trabajos y entrecruzamientos posibles entre psicoanálisis, sociedad y cultura, o haciendo una extensión forzada del modelo del “diván” a distintas situaciones de la vida social o política de nuestro país (la Argentina al diván, los políticos al diván, el cine al diván, la

---

<sup>1</sup> La revista solicitó autorización a la Licenciada Huergo para la publicación de la ponencia. Encuentro ocurrido el 16/10/08, en la Ciudad de Córdoba, Argentina.

<sup>2</sup> Lic. en Psicología. Profesora Asistente Cátedra de Psicoanálisis, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. E-mail: "Claudia Huergo"  
psi\_claudiahuergo@yahoo.com.ar

escuela al diván, etc.) desconociendo la potencia instituyente de lo analítico liberado de **una** forma de organización del trabajo como contrato privado de partes, por un lado, y liberado de **un** dispositivo armado alrededor de un consultorio con un diván, un sillón, un analista, y un paciente. Tenemos que levantar esa hipoteca. El psicoanálisis es más que eso. El psicoanálisis no es un encuadre y una técnica, sino la posibilidad de constituir diferentes dispositivos, pertinentes a los contextos, realidades y complejidades en las que trabaja un analista. Hay toda una gama de intervenciones que no pueden “llamarse” psicoanalíticas, en la medida en que las hegemonías y dogmatismos de las instituciones de formación “tallan” sobre el modelo del diván el ideal del yo a seguir por los analistas. Los desarrollos de muchos psicoanalistas (Ulloa, Pichón Riviere, Guattari), entre otros, muestran toda una vía de trabajos posibles donde el psicoanálisis se toca y converge por ejemplo con los desarrollos del institucionalismo. Mostrando todo el tiempo cómo es ese “paso”-“pasaje” y trama entre lo individual y lo social.

También celebro la indeterminación que estamos logrando con un grupo de gente, que hace que sea muy común –como en el programa de hoy- que me presenten como perteneciendo a una institución, Casandra. Celebro que esa pertenencia no tenga otro arraigo o contrato que las ganas que nos juntan para hacer cosas. Y lo celebro porque muestra que es posible un modo de trabajo y de andamiaje en lo colectivo que no pasa necesariamente por el contrato laboral, por el sueldo, por quien paga qué de mis prácticas. Soy parte de Casandra en tanto Casandra deviene un modo de enunciación colectivo, que brega por un modo de acoger la locura y sus trabajos. Soy parte de Casandra en la medida que afirma que psicoanálisis, política, trabajo con / en la locura, tratamiento social de la locura, van entramados. Y también porque practicamos una política de la amistad, que nos posibilita encuentros productivos y placenteros. Como parte de ese colectivo que conformamos hace apenas dos años nos pusimos en movimiento, y nos encontramos con el Movimiento de Desmanicomialización y Transformación Institucional, y ahora confluímos en una Mesa de SM y DDHH, y esperamos seguir multiplicando acciones y potenciando devenires. Todo esto, sin otra inserción formal o instituida salvo las ganas de encontrarnos en ciertos trabajos. Del mismo modo, soy parte de una Revista de Psicoanálisis, Sociedad y Cultura, Topía, de un Foro virtual muy activo, de salud mental y cultura, de la misma revista, en la que me han creado un lugar, como corresponsal en Córdoba. También me considero parte de otra institución, Del Mar, y de un artefacto ensamblado como seminario de lectura y trabajo alrededor del libro Derrames entre capitalismo y esquizofrenia, de Guilles Deleuze, al que me sumé a partir de la invitación generosa de Carlos Bergliaffa.

Una verdadera red. Esa que la universidad enuncia como necesaria, pero que nunca encontramos intra muros. Quizá eso empieza a perfilarse como tema para mí hoy. Cómo horadar esos muros que nos separan del afuera. Cómo hacer para que el afuera entre a la Universidad, para que eso derrame.

Ahora, si les cuento esto no es para hacer un recuadro de mi trayectoria, más bien para situar parte de la experiencia desde la cual me interrogo, y hacia la cual tienden mis reflexiones. Es decir, como parte de una exigencia ética.

El primer problema que enfrentamos como universidad es no asumir que tenemos problemas. Colectivamente se nos ha roto la brújula. Tenemos una máquina que básicamente produce profesionales que se integran a los circuitos de producción existentes en el mercado, bajo la ley de la oferta y la demanda. Y a lo sumo crean nuevos nichos dentro de ese mercado.

Entonces, tenemos profesionales “de primera” y profesionales “de segunda”. Los de primera son los que lograron insertarse en parte de ese circuito del ejercicio liberal, entrando en el juego de la oferta y la demanda. Son los profesionales “exitosos”, de acuerdo al parámetro de la felicidad capitalista. En general psicoanalistas de escuela, con honorarios caros que pueden “elegir” su clientela. Neurocientistas integrados al mercado de descubrir nuevas enfermedades. Recurso humanistas integrados a empresas ideando circuitos de sometimiento y alienación para que la vida en la empresa termine suplantando a la vida en la vida.

Los de segunda, son los que no lograron eso, y “quedaron” en el circuito de lo público, se instalan en lo público tratando de reproducir la lógica de la oferta y demanda y armar allí, en lo público, su pequeña isla privada. Elegir su clientela. Parece por lo que dicen que cada vez es más común encontrar en los servicios públicos carteles que dicen: “no se atiende ‘X’” (–psicosis-adicciones, etc-) Puede nuestro sistema público darse el lujo de elegir su clientela? Se ve en esto claramente que la Universidad, en su diseño de políticas, se olvida que es pública. Segmenta y fragmenta de modo tal la formación, avanza en una hiperespecialización que sólo es funcional al mercado interno de la misma Universidad, mediante la oferta de cursos-cursitos y postgrados. Y totalmente disfuncional a la magnitud de los problemas “del afuera”. De modo que esos profesionales, una vez en el “afuera” sentirán el impacto de su inadecuación, pero eso todavía no alcanza para que modifiquen algo: la máquina de la desmentida sigue funcionando. Tratarán donde estén de armar su consultorio, su uno a uno, y se sentarán a esperar. No importa si para eso “sacrifican” más de la mitad de las potenciales situaciones donde podrían intervenir. Se consuelan luego con que “al menos uno” llega. Y se complacen de mostrar en algún congreso, que con esos seres tan privados, tan bárbaros, tan pobres, también algo se puede. También alguno de ellos pueden reconvertirse al circuito de la producción, y cifran en eso su expectativa de éxito. Los que entren dentro de ese perfil tendrán atención, intención e interés para nuestros profesionales de segunda. Se sentirán satisfechos y dirán que “al menos uno” pudo...¿pudo qué? Entrar en la cuadrícula de intervención para la que fue formado. Alcanzar más o menos los “objetivos” “logros” “cura” que surgen de las expectativas de su posición de clase (la del psicólogo). Estarán contentos si ese al menos uno, por ejemplo, sueña con entrar a la universidad y hacer estudios superiores. Es decir, si “su” al menos uno, logra como él, seguir soñando el sueño capitalista.

Todos los que no pueden eso, los que no llegan a ese ensueño, pasarán a engrosar la lista de los intratables, refractarios, o a lo sumo, los que necesitan de la “acción social”, para entrar en la lista de los beneficiarios de algún plan “de”. Entonces, pasan a trabajar en convivencia con el mercado perverso del plan social, del subsidio.

Su formación académica no les permite pensar lo público.

Entrampados por un desmantelamiento sistemático, por una precarización salvaje de sus condiciones de trabajo, por su propio malestar e impotencia que no abre a ningún colectivo, a ninguna lucha social –la “soledad” del analista-psicólogo parece que lo marca siempre del lado del héroe trágico- se cruzará luego con algún colega “de primera” y se preguntará qué hizo mal que el éxito le da la espalda. Seguro alguna culpa anidada en su microsubjetividad le permitirá explicarse y a lo sumo realizar alguna lectura paranoica de la realidad. El mundo contra mí. Resentimiento, frustración, desconfianza del pró(x)jimo. Y así llegamos a las grandes paranoias institucionales. Uno a uno, pensando en protegerse la espalda. Calculando su próximo movimiento.

Triunfo a mansalva de la subjetividad capitalista.

Los mismos hilos que tensan la trama de nuestro actual padrenuestro competitividad-eficacia-eficiencia son los hilos en los que se entrama la subjetividad capitalista, es decir, la nuestra, la de todos. Todos estamos atravesados por eso. Encima estos profesionales (los de 2°) no pueden romper ese circuito por el lado saludable de conectarse “al otro” al que están destinadas sus prácticas, porque vienen con una máquina preparada para encontrarse con las demandas con las que trabajan los profesionales de 1°, entonces se imaginan los desencuentros que se producen entre estos dispositivos que arman estos profesionales, y los problemas del 60% de la población. Formado con esos cristales cuando no veo subjetividades bien integradas al circuito de producción, qué veo? Veo todo el tiempo disfunción, veo todo el tiempo patología, veo todo el tiempo población de riesgo, veo amenazas para la salud en todos lados. Es decir, veo lo que los parámetros de lo que los organismos mundiales y sus recetas me permiten ver. Tenemos una máquina que nos prepara para reproducir subjetividad alienada a los mandatos del mercado. Tenemos una máquina de copy right que nos dice qué y cómo investigar. Como decía Eduardo Galeano anoche, cuando nuestra universidad lo nombró doctor Honoris Causa. Formamos papagayos que son buenos repetidores. Nunca copiamos la originalidad.

Respecto al tema de la investigación yo hice circular hace tiempo por mail un intento de debate que no surgió de ninguna instancia congresística donde los investigadores se juntan a hablar. Surgió de un traspie muy común en nuestros días. La Universidad quiere interlocutores que subviertan lo establecido, la rebeldía vende bien, pero no los soporta en su circuito. O sea ¿quiere o no quiere? Un Honoris Causa para Galeano está bárbaro, pero...¿alcanza? Alcanza reconocerle su mérito si ese mérito nunca va a ser parte lo que se estudie y lea en la universidad? Los que producimos de esa forma, sin tanto genio obviamente como ese maestro, pero creemos que el relato, la narración, el ensayo, son formas de conocimiento, que nos permiten decir cosas, explorar la realidad, interpelarla, y mover algunos de sus fundamentos, que la academia no mueve...que la academia no dice... ¿vamos a ser publicados? O sea, no venerados, ¿vamos a ser publicados? quiere decir: otros van a poder aprender? ¿vamos a ser interlocutores para algún debate y alguna discusión? El modo de hacer experiencia que habilita ese modo de producción va a ser parte de los trabajos que la universidad reconozca como trabajos? O voy a seguir llenando mis informes docentes con nada hasta la parte donde al final y a las cansadas dice: “OTROS” Bueno, casi ninguna de las formas de trabajo y actividad que desarrollo –que no es poca- entra hoy en las cuadrículas de lo que la Universidad reconoce como “trabajos”. Ese es un problema, al menos para mí, que hice ya una opción, y no hice una opción por la rebeldía, hice una opción por querer mover cosas y cambiar cosas, y llegué a averiguar, por ensayo y error, -es decir, actué científicamente- y averigüé y comprobé que muevo más cosas de las que son necesario transformar por fuera de los circuitos de la Universidad que por dentro. Entonces, ese no es un problema mío, individual, si me publican o no me publican, si mi narcisismo está en forma y bien alimentado o nó, porque la universidad me quiera o no me quiera, es un problema de políticas, de políticas universitarias. ¿Qué me dice la Universidad, a mí docente, con sus criterios de evaluación y “calidad”?

Como decía yo ya hice una opción, hay trabajos que creo necesarios, urgentes, y que creo que tienen que ser parte de lo que la Universidad transmita, habilite, es decir, es parte de lo que hace falta para pensar una Universidad que no sólo apueste discursivamente al cambio social, sino que lo impulse, que no sólo reniegue de las Instituciones, sino que se transforme para impulsar una transformación institucional en todos los ámbitos para los que forma gente. Lo que veo hasta ahora es que la universidad se interesa en lo que hago, pero

no lo habilita como trabajo deseable, necesario, posible. Me dice que para entrar en ese circuito tengo que resetear lo que escribo-pienso-hago al formato establecido. Y yo le digo que si hago eso dejo de estar en dialogo con lo que quiero mover-cambiar-colectivamente. Le digo que no me haga elegir entre mi compromiso social y Ella. Que no solamente “tolere” mi “traición” sino que la impulse. Y Ella me dice, solapadamente, que le intereso, pero no para casarse conmigo. Una especie de noviazgo fallido.

Una novia histórica, enamorada de Galeano, pero nó de los trabajos que Galeano habilita. Lo hace pasar a la gran sala, lo premia, pero no le daría trabajo. La curricula que llevó a que la universidad lo nombre doctor honoris causa probablemente no le alcanzaría para ser profesor ordinario. Si extraordinario. Pero no podemos depender de que haya tantos extraordinarios me parece. Eso pasa una vez y a las cansadas.

Entonces, uno de los problemas urgentes de la Universidad es cómo va a desactivar el pacto de desmentida con el que sostiene gran parte de su funcionamiento hoy, mientras hacemos y planificamos nuestros lindos y caros postgrados, nos doctoramos y nos maestrados, inventamos investigaciones y circuitos para investigadores. La Universidad ha avanzado en volverse una gran máquina que recoge la propia entropía que genera, diversificarse en eso, entramarse con el mercado de la práctica liberal, tener buenos vínculos con las instituciones y empresas privadas a las que ofrece mano de obra precarizada y lista para ser consumida. Y no mucho más que eso. Hasta ahora. Queda todo un trabajo de transformación por delante. La Universidad reformista no puede ser sólo una pancarta que se levanta en algún acto o fecha patria. Me parece.